

## SHAKESPEARE DE VISITA EN SANTIAGO

**FERNANDO PÉREZ OYARZÚN**  
Arquitecto, Decano Facultad  
de Arquitectura y Bellas Artes, U. C.

**N**o resulta sencillo para un arquitecto y un universitario sin una preparación específica en el campo dramático referirse a un acontecimiento cultural tan significativo como la reciente puesta en escena del *Rey Lear* de Shakespeare por parte del TEUC.

¿Qué puede decirse al respecto como profano, sin que resulte un mal remedo de lo que podría decir un crítico profesional, o un hombre de teatro? Sólo esa connatural universalidad y humanidad del teatro, así como los secretos vínculos que desde antiguo lo unen con la arquitectura, pueden animarnos un poco frente a la tarea. Sin embargo, es otra la razón final que nos mueve a aceptar el desafío: es el gozo, la emoción elemental y profunda que provoca la obra misma; es el privilegio de haber asistido y, en una mínima proporción, haber compartido esa magna tarea de conjunto que ha sido esta nueva traducción y puesta en escena del *Rey Lear*.

No cabe ninguna duda de que la condición representativa es esencial al mundo del teatro, como lo es también al de la música. No es sino una porción, un fragmento de la realidad total de una obra dramática, la que se conserva en su texto. Puede decirse otro tanto de un conjunto de planos de arquitectura que no retienen sino de modo muy parcial la realidad de una obra. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con la arquitectura, la



representación no tiene en el teatro un carácter marcadamente instrumental. Por el contrario, representar, en el sentido más profundo de traer a presencia una determinada realidad, es la esencia misma del arte dramático. ¿Qué cabe pedir, entonces, antes que nada a una obra de Shakespeare montada en nuestro medio? Básicamente, ser transparente a las intenciones y a la complejidad del mundo del lenguaje shakespeareano. Tener esa capacidad casi mágica de que la trama y los personajes de la obra de Shakespeare se encarnen en medio de la vida cotidiana de Santiago de Chile en 1992. Ello obliga a una tarea que un arquitecto se siente fuertemente tentado de llamar reconstructiva, de proporciones mayores. La traducción de Nicanor Parra y el montaje del TEUC, aun aceptando las hasta cierto punto inevitables aristas polémicas de su interpretación, nos proporcionan precisamente esa oportunidad.

Conociendo aún superficialmente la obra poética de Nicanor Parra, no era tan difícil imaginar cuáles serían algunos de sus puntos de vista para enfrentar la traducción. No era previsible, en cambio, la pasión y la vital radicalidad con que asumiría esta tarea. Siempre pensé que Parra era un hombre adecuado para asumir el desafío. Dejando de lado la absolutamente reconocida calidad de su obra poética, me parecía que había dos

elementos que vinculaban de modo casi secreto la obra de Shakespeare a la producción de Parra: por una parte, la búsqueda permanente de un radical rigor en el lenguaje, y por la otra, esa intención constante de entretejer lo cotidiano y lo trascendente, lo vulgar y lo sublime. Tal vez haya quienes sólo se queden impresionados por los rasgos populares y hasta locales de algunos pasajes de la traducción de Parra, dejando de ver lo que a mi juicio constituye su aporte más significativo: la alternancia de distintos modos y planos de lenguaje que van de lo coloquial a lo formal, de lo contemporáneo a lo arcaico. El total creo que resulta absolutamente convincente y con mucha mayor vitalidad que algunas de esas viejas traducciones al castellano a las que, hace años, teníamos que recurrir para acercarnos a la obra. Si personalmente sentí ciertas dudas frente al estricto localismo de determinados chilenismos, que podían restar universalidad a la traducción, cabe preguntarse si fenómenos semejantes no se presentan en el original, formando en cierta manera parte de la textura idiomática de la misma. Es una pregunta que sólo puedo plantearme, sin llegar a contestarla.

La propuesta escénica constituye un campo que, visto superficialmente, podría parecer más cercano al de un arquitecto. A pesar de ello, la especificidad tanto temática como técnica obligan a abordarlo con prudencia. De la escenografía del **Rey Lear**, me parecieron valiosos lo escueto de los medios empleados, el sentido de totalidad espacial y la cualidad casi artesanal de su construcción. Tengo algunas reservas, en cambio, respecto a la decisión de no buscar ninguna subdivisión, aun virtual, del espacio, que conservase el sentido global del partido inicial. La contraposición constante de la escala de los personajes y la dimensión total del espacio escénico, dan una uniformidad innecesaria y probablemente también fuerzan algunos movimientos de la puesta en escena. La utilización variada de algunos objetos que van adquiriendo sentidos distintos a lo

largo de la obra parece un recurso ingenioso que a veces, como ocurre con las escaleras, se torna excesivo. En todo caso, y a pesar de las dificultades del color, la iluminación es un factor que contribuye de manera muy positiva a matizar esa relativa estabilidad escenográfica. La luz, actuando en conjunto con el colorido del vestuario, se convierte en factor dramático decisivo de la versión, como se manifiesta de modo patente en la escena del reencuentro de Lear y Cordelia.

Debo reconocer mi ignorancia más absoluta en problemas de actuación. A pesar de ello, me arriesgo a decir que las actuaciones de Héctor Noguera y Ramón Nuñez como Lear y su bufón me impresionaron profundamente. El esfuerzo que requiere en particular el rol de Lear obliga a Noguera a emplear con tanta fuerza como delicadeza todos sus recursos. Siempre hay algo emocionante en ser testigo presencial de cómo alguien alcanza una de las cúspides de su trayectoria.

Enfrentar la puesta en escena de una de las obras más difíciles de Shakespeare como es **El Rey Lear** en la forma en que lo han hecho la Escuela de Teatro y el TEUC, incluyendo la magna empresa de una nueva traducción, no puede ser considerada sino una tarea profundamente universitaria. La universidad aporta así una contribución a la vez crítica y creativa a la producción y al ambiente teatral chileno. Al mismo tiempo, el teatro conmueve y engrandece a su manera el panorama académico de la universidad. Como Facultad de Arquitectura y Bellas Artes no podemos sino celebrar que nuestra Escuela de Teatro haya sido capaz de llevar adelante esta empresa en la forma que lo ha hecho. Como decano de la facultad, estoy seguro de que recordaré como una oportunidad única y como un privilegio el poder haber estado asociado desde una discreta lejanía a esta tarea.

